

LA SITUACIÓN AMBIGUA DE LA MUJER Y EL PODER OCULTO DE SU SANGRE EN LA ANTIGÜEDAD GRECO-LATINA

Tatiana GARCÍA LABRADOR
Universidad de León

La mujer ha estado condicionada a lo largo de los siglos por la consideración ambivalente de su ser, tan pronto adorada como madre como proscrita por su maldad hacia los hombres¹. A pesar de su adscripción al plano familiar, contrasta la relevancia de su papel en el ámbito de las creencias, donde aún difuminándose poco a poco, siempre persistió el culto a la Gran diosa Madre² repartido en las innumerables deidades femeninas tales como Hera, Afrodita, Ártemis, Ceres, etc., así como sus homólogas romanas, por no extendernos a otras culturas³. Dicha potencia femenina íntimamente relacionada con el mundo ctónico y agrario, así como con los rituales místéricos y de fecundidad, refleja, en buena medida, la idea

¹ La mujer fue progresivamente asociada a lo limítrofe, el desorden y lo caótico, inspirando en los hombres ansiedad, miedo y antagonismo. La prueba la encontramos en mitos como el de Pandora o el propio relato del Pecado Original. Desde entonces, la mujer pasó a asociarse al mal como fuente de mancha.

² Se trata de una divinidad tan poderosa como oscura, que en el mundo griego se remonta a la época prehelénica, cuyo poder se extiende tanto sobre los vivos como sobre los muertos. Sus cultos eran misteriosos y sangrientos, llenos de terror, dirigidos hacia la tierra. Los mitos homéricos muestran numerosos ejemplos de cómo las potencias femeninas fueron poco a poco aniquiladas o subyugadas, como el caso de la serpiente Pitón o la propia Medusa.

³ Kali en la India, Anat y Astarté en el mundo cananeo-fenicio o Ishtar en el babilonio responden a la misma concepción de diosa primigenia a partir de la cual surgió el universo, muy relacionada con el principio de la vida y la muerte.

que existía en el mundo antiguo sobre la mujer. Sin embargo, dicha potencia fue marginándose a la par que los dioses masculinos se hacían preponderantes en el panteón, imponiendo el sistema patriarcal, que acabó por proscribir a la mujer, de la misma manera que muchas deidades eran aniquiladas o subyugadas. Aún así, al lado de ciertas divinidades oscuras y terroríficas⁴ perdura una concepción amable en las diosas del matrimonio e incluso de la fertilidad. La siguiente comunicación, tratará sobre la consideración ambivalente de la mujer, abordando el papel de su sangre como clave y causa de su “naturaleza especial”, bajo la cual se justificó un *status inferior*.

SITUACIÓN DE INFERIORIDAD A NIVEL SOCIAL Y FAMILIAR, POLÍTICO, ECONÓMICO Y CULTURAL

En términos generales en la antigüedad grecorromana la mujer era diferente desde su nacimiento, no sólo había una clara preferencia respecto a los varones, sino que las niñas eran frecuentemente abandonadas⁵ como carga económica para la familia, además del estigma de ser consideradas inferiores. En Grecia la participación social de la mujer era bastante reducida, si bien tendió a mejorar en época helenística⁶. Pasaba la mayor parte del tiempo dentro del gineceo, es decir, en el ámbito privado y familiar del *oikos*. Estaba totalmente supeditada al hombre, ya fuera marido o padre, que la protegía, mantenía y sobre todo, vigilaba, hasta el punto de que en Atenas y otras *poleis*, existían los *gynaikonómoi*, magistrados especiales para velar por su conducta, lo que muestra cierto temor a que resultasen perniciosas para la comunidad⁷. Sin derechos políticos ni autonomía social ni

⁴ Sus rasgos definitorios suelen ser una naturaleza sangrienta y extremadamente violenta, de modo que las encontramos habitualmente rodeadas de sangre y cadáveres, vinculadas a sacrificios, a veces humanos, e incluso prácticas de canibalismo. Esta sangre como símbolo de la vida estimula la fertilidad si bien la ambigüedad respecto a la muerte juega un papel importante en el ciclo vital.

⁵ La exposición era consentida por la ley, aunque algunos se oponían (*Arist. Pol.*, 1334 b 9). Otros aseguraban que el abandonar más niñas servía para nivelar su número respecto al de hombres, pero primaban las consideraciones económicas, como afirmaba Posidipo (*Hermenéutica*, fr. 11): “un hijo macho lo cría el que es pobre, pero una hija hembra la expone hasta el que es rico”. Otra práctica vetada por la legislación soloniana, pero nunca desterrada del todo fue vender como esclava a la hija con la excusa de que no se convirtiese en una “virgen canosa”, cf. E. Cantarella, *La calamidad ambigua*, Madrid 1991, 70-71.

⁶ Su situación mejoró a la par que se sucedían otros cambios en la concepción de la vida como se refleja en la filosofía (algunos reconocen su dignidad individual), la jurisprudencia y la literatura, con nuevos estereotipos de mujer rebelde, aunque se trata de excepciones, o ejemplos marginales como Medea o Antígona, pero la mayoría siguió en una situación parecida a la de sus ancestros (E. Cantarella, *op. cit.*, 155, 164).

⁷ Cf. C. Espejo Muriel, “Pócimas de amor: las magas en la antigüedad” en *Iberia*, la Rioja, 2 (1999) 33-45.

económica, su participación solía restringirse a algunos rituales religiosos, salvo en determinados casos, en los que como veremos, se tenía como impura. No se las consideraba ciudadanas, independientemente del nivel social al que perteneciesen⁸ y lo habitual era que no recibieran más educación que aquella destinada al hogar⁹, exceptuando a las impúdicas espartanas, si bien en época tardía esto cambió para algunas afortunadas. Otra excepción eran las heteras, las cuales poseían cierta libertad aunque el único fin su educación fuera agradar a los hombres en los encuentros sociales que frecuentaban¹⁰.

Entre los romanos la situación de partida fue algo diferente aunque después se vio contaminada por el mundo heleno, asumiendo parte de sus costumbres. Sin embargo, las fuentes apuntan a que las mujeres etruscas y sabinas contaban con cierta independencia, dignidad y prestigio social, además de saber leer y escribir¹¹, si bien su papel seguía siendo familiar¹². Esta consideración fue heredada por las matronas romanas y en particular por las vestales, posiblemente las mujeres con más poder y autonomía del mundo romano. Aún así, la consideración política y económica de las romanas era, en términos generales, parecida a la del mundo griego ya que ambas sociedades eran estrictamente patriarcales. Tampoco tenían derechos políticos y estaban sometidas al *paterfamilia* que incluso podía imponer sobre ellas el castigo de muerte¹³. En el caso de las vestales, este papel era ocupado por el Pontífice Máximo y a pesar de gozar de cierta libertad y prestigio, sus capacidades estaban limitadas. Ambas figuras masculinas actuaban como tutores en

⁸ E. Cantarella, *op. cit.* 63. "El sistema político-social de la polis griega definida a partir del siglo VII, se estableció en torno a la figura del ciudadano varón y excluyendo absolutamente de todo plano participativo a la mujer. La ciudad griega representa la realización perfecta de un proyecto que excluye a la mujer. Si bien su condición legal era diferente, lo cierto es que en la práctica ciudadana, la condición de la mujer puede equipararse a la de los esclavos, y lo que es peor, la justificación de dicho *status* es la misma, una supuesta "naturaleza diferente".

⁹ Sus extrañas costumbres eran tenidas por escandalosas para los atenienses, pero en realidad, las espartanas estaban igualmente sometidas a los hombres, sin derechos políticos, autonomía económica o social y por supuesto, consideradas inferiores.

¹⁰ La hetera ofrecía además de sus servicios sexuales, una compañía intelectual lo que la diferenciaba de otras prostitutas y también de la esposa, de la cual tampoco se esperaba este tipo de relación.

¹¹ Como demuestran los espejos encontrados en las tumbas femeninas etruscas que llevan inscripciones de nombres de divinidades y figuras mitológicas.

¹² A pesar del eco que tuvo en el siglo XIX e incluso XX, el supuesto matriarcado etrusco, en base a algunos testimonios griegos como el de Teopompo (*Apud ath.* XII, 5170-5183), se ha demostrado que éste nunca llegó a existir como tal, a pesar de que sus mujeres gozaran de ciertas libertades que en todo caso, sorprendieron al griego por comparación con la condición femenina que él conocía.

¹³ El poder del *pater* era irrefutable y absoluto, e incluso poseía el derecho de la vida y de la muerte (*ius vitae ac necis*) sobre su esposa o sobre las esposas de los descendientes, cf. E. Cantarella, *Los suplicios capitales en Grecia y Roma: Orígenes y funciones de la pena de muerte en la antigüedad clásica*. Madrid 1996.

cuanto a sus derechos civiles¹⁴. Dichas costumbres también fueron evolucionando, a partir de los últimos siglos de la República¹⁵, aunque nunca optaron a la equiparación jurídica con los hombres.

RELACIÓN ENTRE LA SANGRE Y MUJER

El motivo de tal discriminación hay que buscarlo en las diferencias que el hombre antiguo veía respecto a su pareja, y que creemos iban más allá de las morfológicas, propias del sexo, incluida la debilidad física¹⁶, hasta el punto de entender que la mujer era extraña al género humano. La mayor parte de los autores hablan de una “naturaleza diferente”, sobre la que se fueron entretejiendo complejas consideraciones socio-culturales que han llegado hasta nuestros días, pero veamos en qué consiste, concretamente, esa “naturaleza diferente”.

Salta a la vista que lo que diferencia a la mujer del hombre es la maternidad. Fue este papel reproductor mezclado con el elemento clave de su sangre lo que determinó dicha ambivalencia, a pesar de que en un principio, tal capacidad pudiera parecer totalmente positiva. Ambos componentes apuntan directamente al misterio de la vida y la muerte, el cual proporcionaba principalmente, miedo a lo desconocido. De este modo, la naturaleza de la mujer desarrolló junto al lado luminoso, una sombra oscura que la relacionaba directamente con los poderes ocultos y desconocidos. En dicho papel reproductor, la sangre era un elemento capital, debido a las concepciones sobre su naturaleza y los escasos conocimientos que se tenían del proceso reproductivo, que veremos más adelante. Pero sobre

¹⁴ Hasta Constantino no desapareció totalmente la tutela femenina por un familiar masculino a la par que fue cambiando el antiguo derecho que sólo reconocía la línea masculina (adgnatio). Y sólo mucho después se admitió que las mujeres actuasen a su vez como tutoras de sus hijos o nietos. (Cod. V, 35, 2).

¹⁵ Además de ciertas literatas como Sulpicia, (Corp. Tib. III, 13-18) o Malinno (Stob. III. 7) algunos ejemplos de ocupaciones liberales dieron pie a hablar de la “emancipación” de la mujer si bien suelen ser excepcionales, ligados a familias poderosas (Dig. III, 1, 1, 5; Quint. Inst. I, 1, 6) y frecuentemente basados en testimonios como los de de Marcial o Juvenal, que ofrecen una visión, en muchos casos distorsionada y exagerada. Sin embargo, sí es verdad que hubo cierta liberalización en la que jugó un papel importante los nuevos aires helenísticos y los cultos orientales como el de Isis. Por otro lado, existió el trabajo femenino en tiendas, talleres, como maestras e incluso médicos, pero hay que entender estas ocupaciones como último remedio para paliar la economía familiar y lejos de una buena consideración social.

¹⁶ Según E. Burris (“The nature of taboo and its survival in Roman life”, en *Classical Philosophy*, Chicago Press, 24 (1929) 142-164), el tabú hacia las mujeres y niños, se debe a su debilidad física, la cual por asociación, se creía que podía afectar a la eficacia de los ritos religiosos y otros ámbitos sociales, motivo por el que se prohibía su participación en algunos de estos actos. A pesar de que apunta el papel de la sangre, lo hace muy secundariamente, mientras que nosotros creemos que dicha debilidad escondía más bien el peligro que el hombre advertía en la naturaleza impura de la mujer, la cuál sí podía echar a perder los actos religiosos.

todo, el emparejamiento de la sangre y la mujer, viene dado por el fenómeno de sus reglas. Dicho portento debía dejar atónito al hombre antiguo, por mucho que se convirtiera en algo habitual. Esta reacción tenía su base en las creencias que existían en torno a la sangre, considerada un elemento sagrado y por ello impuro, y que en situación de normalidad debía mantenerse dentro del cuerpo, no entendiéndose por qué la mujer sangraba regularmente. Si bien las especulaciones sobre la función fisiológica de dicha sangre son variopintas, lo cierto es que pronto se dieron cuenta de la conexión de las reglas con el papel reproductivo de la mujer, por lo que su sangre pasó a tener un papel determinante. Tal es el vínculo entre sangre y mujer que a menudo se las describe¹⁷ como *seres sangrantes*, hasta el punto de creer que una gota de su sangre, aunque no procediera de su aparato reproductor podía contagiarse de los poderes ocultos de aquél. Si volvemos a insistir en el miedo y repelencia que suscitaba la sangre en el hombre antiguo, entenderemos que fuera motivo suficiente para rechazar a la mujer.

LA SANGRE COMO SUSTANCIA ALBERGADORA DE LA VIDA

Analicemos ahora algunas consideraciones entorno a la naturaleza sanguínea. Desde tiempos remotos se creyó, en prácticamente todas las culturas, que la sangre era un elemento extraordinario, porque en ella residía el principio de la vida e incluso la propia alma¹⁸. Ello condujo a tenerla por sagrada y misteriosa procurando que sólo saliese a la luz de forma voluntaria, en determinadas ocasiones rituales, y aún así, rodeada por numerosos tabúes. La causa de esta creencia quizás deba buscarse en la simple experiencia por la cual se comprobaba que un ser al desangrarse, perdía con ello la vida. Por otro lado, no menos relevante era su presencia y de manera no menos traumática, en el nacimiento, momento en el cual ocurría precisamente lo contrario.

Esta naturaleza vital, sostenida también por los naturalistas griegos pasó luego al mundo romano¹⁹. Según recoge Aristóteles, la sangre, retroalimentada por la transformación del alimento a través del calor, era la responsable del vigor físico y del crecimiento²⁰, por lo que en los tratados de medicina, se dio mucha importancia a su estado. Se pensaba que su deterioro, por enfermedad, hemorragia

¹⁷ Cf. Arist. *H. A.* VI, 572 b: "No hay ningún animal que las tenga (las menstruaciones) tan copiosas por lo menos que las mujeres".

¹⁸ Cf. F. Mencacci, "Sanguis/cruor. Designazioni linguistiche e classificazione antropologica del sangue nella cultura romana", en *MD*, Pisa, 17 (1986), 25-91.

¹⁹ Cf. Plin. *H. N.* XI, 182; Varr. *Men. fr.* 199-200; Cic. *Nat. deor.* 137-8; Liv. *Menenio Agripa*, III, 32, 11.

²⁰ Cf. *Cat. fr.* 19. Con frecuencia, también se utiliza la expresión *sanguis-vires* para referirse a la totalidad de las energías vitales, F. Mencacci (*op. cit.* n. 53), habla de la expresión *sanguis integer* (no tocado de buena salud) como condición típicamente juvenil a la cual se debe el vigor físico.

o envejecimiento estaba en el origen del debilitamiento corporal, hasta el extremo de la muerte. Ni que decir tiene, que la pérdida de sangre en la mujer también era la causa, para algunos, de su falta de vigor físico frente al hombre²¹. Por todas estas consideraciones, la sangre estuvo siempre rodeada de creencias irracionales, alcanzando su cota más alta en la sangre femenina. Debido a esta asociación con la vida y la muerte, lo sagrado y lo impuro, la ambigüedad pasó a ser la principal característica de esta sustancia, considerada tanto positiva como negativamente, pero sobre todo, como una fuerza generatriz verdaderamente aterradora²², transfiriéndose dichas características a la mujer.

Otro aspecto importante, es que en la antigüedad, la noción de sangre era más amplia de que la que hoy poseemos incluyendo otros fluidos segregados por el cuerpo, que se creía procedían de su adulteración²³, pero que a la vez podían regresar a su condición anterior. A todos ellos se suele denominar bajo el término latino *cruor*²⁴.

CREENCIAS ENTORNO A LA GESTACIÓN Y EL EMBARAZO

La sangre encerraba la esencia de la vida y con ella la propia capacidad reproductora, por ello, el proceso de gestación no podría haberse concebido sin ella. La sangre convertida en esperma²⁵, pasaba a la matriz de la mujer y posteriormente

²¹ Arist. H. A. VII, 581 b: "por la misma edad (en la pubertad) se produce el abultamiento de los pechos y las llamadas menstruaciones rompen... estas pérdidas impiden el crecimiento y dejan escuálido el cuerpo de las niñas".

²² Cf. T. García Labrador, "La hemorroisa: Proscripción y miedo a la mujer sangrante en la antigüedad" en *XVI Jornadas de Filología Clásica de las Universidades de Castilla y León Cristianismo y Paganismo: Ruptura y Continuidad*, Universidad de Burgos (2003), 95-108.

²³ Cf. Mencacci, *op. cit.* p. 35 y n. 24: "Como muchas de las culturas primitivas, la clásica reagrupa también en una única categoría los diferentes fluidos sanguíneos y otras pérdidas del organismo". Por ello, dichos fluidos se consideran igualmente impuros, entre ellos destacamos el esperma (Arist. G. y C. I, 319b 15: "...el semen en su totalidad procede de la sangre...") pero también la leche, la saliva, las lágrimas, el pus o incluso la propia orina. A menudo se habla del esperma como sangre blanqueada que surge del sexo masculino del mismo modo que la sangre surge del femenino.

²⁴ La complejidad de la noción que la antigüedad tenía sobre la sangre se refleja en la multiplicidad de términos usados para designarla, lo que choca con la parquedad del castellano. El latín utiliza fundamentalmente las voces de *sanguis* y *cruor* que han sido explicadas, a veces, como diferenciación de los dos estados que para el hombre antiguo eran capitales, la sangre en circulación, dentro del cuerpo y fuera de éste, en cuyo caso se suele destacar su proceso de coagulación. Para el primer término se utilizaría *sanguis* y para el segundo *cruor*, en el cuál, atendiendo a esta regla, deberían incluirse la sangre menstrual o la sangre del parto (si bien en la gestación, el más utilizado es *sanguis*) la procedente de heridas, así como la sacrificial, en términos generales. Sin embargo, muchos estudiosos como F. Mencacci (*op. cit.*, p. 35) han demostrado que si bien existe cierta preferencia, en muchos casos ambos términos se utilizaban indiferentemente.

²⁵ Censorino (*De die natali*, XI, 3), basándose en el conocimiento de los pitagóricos, asegura que en el primer día del embarazo el esperma se transformaba en un humor lechoso y después en sangre.

recuperaba su naturaleza sanguínea transformándose lentamente en los diferentes tejidos y materias que conformarían al nuevo ser humano²⁶. Curiosamente la participación de la mujer, en claro ejemplo de misoginia, se creía poca o nula, hasta el punto de decirse que se trataba de un mero receptáculo del feto. Aristóteles sí reconoce la aportación femenina, por medio de un fluido semejante al seminal (igualmente procedente de la sangre o incluso confundido con la sangre menstrual) pero afirma que ésta tenía menor importancia. A partir de la mezcla de ambas sustancias se formaría el embrión, pero en dicha conjunción no había igualdad ya que aseguraba que el espermatozoide era de naturaleza más elaborada²⁷, dando origen a la parte más importante del hombre, la forma y el espíritu, mientras que la más innoble, la materia, procedía de la parte femenina. Esta menor calidad de la sangre de la mujer justificaba la supuesta “naturaleza diferente” y explicaba su carácter y fisonomía débil, apoyando nuevamente su relegación en el plano social.

LA MUJER Y LA MENSTRUACIÓN

Como ya hemos observado, la menstruación femenina era uno de los fenómenos naturales que más debían maravillar, hasta el punto de creerse que ponía en entredicho la existencia humana²⁸. Por si fuera poco, dicha sangre, referida normalmente con el término latino de *cruor*²⁹, fue frecuentemente asimilada a otras

²⁶ La creencia sobre la capacidad generativa de la sangre era tan fuerte que a veces incluso se desarrollaba fuera del cuerpo humano. El ejemplo más conocido es el nacimiento de Afrodita a partir de las gotas de sangre-semen de su padre Urano al ser castrado por Cronos, para lo cual Isidoro de Sevilla usa la expresión *spuma sanguinis*, (Et. VIII, 76-77), o el nacimiento del caballo Pegaso a partir de las gotas de sangre de la cabeza de Medusa.

²⁷ Aristóteles (G. A. 728 a 17ss), creía que la menor calidad de la sangre femenina se debía a la naturaleza fría de la mujer, “es el semen masculino lo que, en la reproducción, cuece el residuo femenino, transformándolo en un ser nuevo” y H. A. III, 521 a: “La sangre de las hembras difiere de la de los machos. En efecto, contando con que las hembras y machos tengan igual salud y edad, en las hembras la sangre es más espesa y más negra (es decir, más corrupta), y también en las hembras hay menos cantidad en la superficie, y, en cambio, en las partes interiores hay más abundancia de sangre”.

²⁸ Cf. J. P. Roux, *La sangre, mitos, símbolos y realidades*, Barcelona 1990, 52: “De todas las hemorragias, la que más resonancia tiene en el psiquismo es la menstruación. Nada parece explicarla y sin embargo, se presenta una y otra vez a intervalos regulares. Rige el ciclo tan inquietante de la Luna, ese astro inestable que no deja de crecer para desaparecer después. Hablar de angustia es decir demasiado poco. Ante la sangre menstrual, el hombre abandona todo estado descriptible. Nada en la vida ha podido inspirarle tanto temor”.

²⁹ Cf. Col. *De re rust.* X, 359-360; Aug. C. *Iul.* III, 11; Or. *Ep.* XVII, 49-52; Tac. *Hist.* V, 6, 3; Seru. *Samm.* 645, 654; Sol. I, 56. En el mundo griego *αἷμα* corresponde normalmente al término latino *cruor*, sin embargo, hay otros vocablos como el arcaico *λύθρος* que suele utilizarse para indicar la mezcla de sangre y polvo que ensucia al cadáver del guerrero en el sentido genérico de “sangre putrefacta e impura”, pero a veces también para el fluido contenido por el útero de la mujer, así como las sustancias que cubren al recién nacido (Cfr. *Hipp. ep.* 17 y *Plut. De am. prol.* 496 B), cf. E.

segregaciones repulsivas³⁰ y a pesar de que existieron ciertas utilidades que venimos después, la impresión que ésta causaba era invariablemente de repelencia y miedo. Pero la sangre no sólo comparecía en las menstruaciones, sino también en otros momentos importantes condicionando la consideración femenina³¹.

PARTO

La sangre estaba presente en el nacimiento y a veces después de éste, durante un periodo en el que la mujer permanecía impura. La relación de la sangre y el parto es vital, ya que nos muestra su principal asociación con la vida, pero también con la muerte³². Su papel era fundamental en dicho acontecimiento, como muestra el misterio con el que se rodeaba todo el proceso, así como el aislamiento de la mujer en los días posteriores al mismo. Dicha separación era una precaución más contra la sangre. El parto era concebido como un acontecimiento prodigioso, oscuro y terrible, en el que, si todo iba bien, una nueva vida veía la luz, pero donde también estaba muy presente la muerte, y no sólo por la gran mortalidad, tanto de neonato como de la madre, sino por el contacto con la esfera de lo sobrenatural que daba paso a la vida. En este momento la sangre suponía la materialización del espíritu vital, estando en el origen de la impureza tanto a la madre como del recién nacido³³. Tras éste y como ocurría después de todo contacto con dicha sustancia y en mayor medida, en este caso, era necesaria una purificación sin la cual ambas

Tagliaferro, "Sangue: Area lessicale nell'epica greca arcaica" en *Atti della settimana Sangue e antropologia biblica I* (ed. F. Vattioni), Roma 1981, 173-221.

³⁰ Detienne ("La cucina del sacrificio in terra greca" en *MD*, Turín 1982, 147) resalta la analogía en el mundo griego entre la sangre menstrual o del parto y la sangre de los animales sacrificados (Arist. *H. A.* VII, 1, 581b; *Corp. Hippocrat.* Mul. VIII, 242, 9 L; *Nat. pueri*, VII, 502, 6 L), mientras que para la relación entre la impureza del los cadáveres y la impureza de la parturienta, cf. Parker *Miasma, Pollution and Purification in Early Greek Religion*, Oxford 1983, 32-73.

³¹ L. Vegas Montaner, "El amor en el judaísmo del segundo templo y en época rabínica", en *Amor, muerte y más allá en el judaísmo y el cristianismo antiguos*, Universidad de Valladolid 1999, 17-38: "En todas las fuentes (del judaísmo) la menstruación se contempla como castigo por el pecado de Eva, puesto que el deseo sexual es considerado como resultado de comer del fruto prohibido. Los Gnósticos y los Cabalistas mantienen que la menstruación le llegó a Eva cuando lo comió.

³² La diosa romana Génita, lo era a la vez del nacimiento y de la muerte, tanto deseaba larga vida al recién nacido como presidía los funerales (cf. *Macr. Sat.* I, 7, 14; *Plin. H. N.* XXIX, 58; *Sera. Aen.* XII, 139).

³³ En ocasiones las fuentes se refieren al recién nacido como *sanguinolentus* (cf. *Cod. Iust.* 5, 81; *Cod. Theodor.* 5, 7, y 5, 8; *Ter. Andr.* 3, 2, 6).

³⁴ La consideración de la sangre vertida en los sacrificios era diferente ya que se trataba de un acto controlado y ajustado al ritual, aun así la mayoría de ritos prescribían actos de purificación para los propios sacerdotes. En el caso de los ajusticiamientos cruentos, tampoco faltaban las precauciones contra la sangre, y en la guerra, son muy conocidos los ritos con los que se purificaba al ejército antes de que los soldados se reintegrasen en su comunidad de partida.

protagonistas no podían integrarse en la sociedad³⁵. Por mucho que el nacimiento fuera considerado un hecho maravilloso, sobre todo si el que nacía era un varón, no dejaba por ello de considerarse un acto cruento³⁶, como cualquier acto de violencia. Quizá por ello, la mitología se esforzó en crear divinidades que no nacieran de forma natural para evitar el estigma de la sangre materna como Dionisos, Atenea³⁷ o los numerosos héroes que surgieron a partir de un árbol, una gruta, o directamente de la tierra.

ENFERMEDAD

Las hemorragias femeninas, también podían ser causadas por algunas afecciones relacionadas con la menstruación³⁸ y otras de tipo cancerígeno³⁹. A pesar de conocer la diferente naturaleza de la enfermedad, las consecuencias sociales y religiosas para la mujer eran las mismas⁴⁰, ya que lo único importante era la manifesta-

³⁵ Plutarco (*Amat.*, 758 A), manifiesta la repugnancia inspirada por la sangre de la puérpera. Cf. Durkheim "La prohibition de l'inceste est ses origines" en *L'année sociologique*, 1, 1897, 1-70; Frazer, *La rama Dorada* (edición abreviada), México 1986, 76ss.; Briffault, *The mothers*, Londres 1927, 365-390; L. Lévy-Bruhl, *Sovrannaturale e natura nella mentalità primitiva*, tr. It., Roma 1973 (1934), 319-363; H. Webster, *Le tabou. Étude sociologique*, tr. Fr. París 1952, 83-91, 96-112.

³⁶ Según J. P. Roux (*op. cit.* 35): "No toda la muerte es cruenta, pero todo nacimiento sí lo es", así como M. A. Marcos Casquero (*Plutarco. Cuestiones romanas*, Madrid 1992, 462) comenta: "No es sólo la muerte o la enfermedad el motivo de una mancha, de un miasma. Lo es también el parto, considerado por casi todas las culturas como un drama sangriento que entraña la impureza de la madre y del recién nacido", por su parte Agatocles de Cícico afirmaba: "Nada es tan imperfecto, tan indigente tan desnudo, tan informe, tan sucio como el ser humano cuando se lo ve nacer... Completamente embadurnado de sangre, lleno de suciedades, más parece un degollado que un recién nacido".

³⁷ Al no haber sido manchada por la sangre del parto, permanecía pura, por lo que la vemos actuando cómodamente en parcelas masculinas, como la ciencia o la propia guerra. No menos destacable es el hecho de fuera la diosa virgen por excelencia, algo que parecía apartarla del sino sangriento de las demás mujeres, cf. J. P. Roux, (*op. cit.* 36): "Atenea encarnará en el máximo grado el ideal de virginidad. En tanto virgen se opondrá antitéticamente a Ares, dios violento y preñador, nacido únicamente de Hera sin semen masculino, manchado por la mancha femenina que ningún elemento masculino ha venido a atemperar".

³⁸ Arist. *H. A.* VII, 582 b: "La regla les viene a las mujeres, a unas todos los meses seguidos, lo que ocurre pocas veces, y a la inmensa mayoría de ellas en el curso del segundo mes. En cualquier caso, todas aquellas que las que les dura poco tiempo, dos o tres días salen sin demasiados problemas, en cambio, a aquellas a las que les dura muchos días, salen bastante mal paradas. Y es que lo pasan mal durante eso días, pues la regla les viene, a unas de golpe, y a otras poco a poco, y todas ellas sienten molestias en el cuerpo hasta que haya pasado" y *H. A.* X, 634 a.

³⁹ Cf. T. García Labrador, *op. cit.*, p. 95 n. 2.

⁴⁰ Además de la impureza, dichas enfermedades solían relacionarse con trastornos de locura lo que condicionaba aún más su consideración. L. Gil (*Therapeia. La medicina popular en el mundo clásico*, Madrid 1969, 141-142) recoge los testimonios de Plutarco (*De mul. virt.* 11) y Gelio (XV, 10) los cuales hablan de un mal misterioso que afectaba a las muchachas de Mileto cuya locura las inducía a ahorcarse así como el del autor del tratado hipocrático *Peri partheniōn* que hablaba de un mal que denomina como "enfermedad de las vírgenes" causado por el aflujo de sangre al cerebro producido por la primera menstruación, para el que aconsejaba que se casaran cuanto antes, a fin de que

ción de la sangre. A tales enfermas se las consideraba igualmente impuras y vetadas para comparecer en sociedad y participar de los actos públicos, manteniéndose dicho *status* constante, a no ser que se curasen, lo que en muchos casos no era posible⁴¹.

RECLUSIÓN DE LA MUJER DURANTE LAS REGLAS

Los momentos en los que la mujer expulsaba sangre, en especial durante sus menstruaciones a pesar de su regularidad, eran tomados como malos presagios, por lo que lo más importante era conminar el peligro, para lo cual no existía otro medio mejor que ocultarla. Durante esos días, incluyendo el parto, los días posteriores a éste, o los que durase la enfermedad, la mujer era apartada⁴² ya que toda la comunidad se veía comprometida al poder contagiarse de la impureza de su sangre y no hacía falta un contacto directo, bastaba ver o tocar a la mujer. Su asistencia ponía en entredicho todo tipo de acontecimientos sociales, políticos o religiosos⁴³, los cuales tampoco estaban muy bien delimitados. En especial, acudir a los últimos podía adquirir proporciones catastróficas por lo que no sólo el grupo se guardaba de dichas mujeres sino que ellas podían ser severamente castigadas si exponían su sangre⁴⁴ o la utilizaba de algún modo⁴⁵. Los objetos que tocasen⁴⁶ quedaban conta-

gracias a la relación sexual y la apertura del conducto vaginal, se favoreciese la expulsión periódica del exceso de sangre. Para otras afecciones cf. Arist. *H. A.* III, 521 a.

⁴¹ Para remediar dichos males se prescribe a menudo el uso de amuletos, a veces compuestos por piedras con supuestas cualidades estípticas, derivadas de su color rojo como la hematites, la mirra y objetos con forma de matriz, como en una receta del *codex vossianus*, que la mujer debe suspender de su ombligo, cf. A. Barb, "Bois de Sang, Tantale", *Syria* 1952, 261-284.

⁴² Al igual que ocurría en otras muchas culturas, cf. Frazer, *op. cit.* 670 y 678: "Parece haber dos reglas que se siguen en algunos pueblos, sobre todo (americanos). No tocar la tierra (para no contaminarla) y no ver el Sol. Así en muchas partes del mundo las muchachas púberes son confinadas en chozas apartadas y no pueden tocar el suelo con ninguna parte de su cuerpo que esté desnuda... El motivo de las restricciones, con tanta frecuencia impuestas a las jóvenes al llegar la pubertad es el temor profundo por la sangre menstrual, que abrigan todos los pueblos primitivos. La temen todo el tiempo, pero especialmente en su primera aparición, por eso las restricciones suelen ser más rígidas".

⁴³ Cualquier participación en los actos de culto exige que el hombre o mujer sean puros. Eurípides afirma en *Ifigenia en Táuride*: "si un mortal toca la sangre o a una parturienta o un cadáver (Artemisa) prohíbe que ese mortal acceda a los altares y lo tiene por impuro". Entre los griegos, para evitar incidentes, la entrada a los santuarios estaba vedada a las mujeres en cinta (Aristóf. *Lysis*. 742 ss.) así como en la isla sagrada de Delos estaba prohibido que se produjera una muerte o un nacimiento e incluso debían alejarse de allí los que hubieran tenido contacto con aquellos sucesos. Por otro lado, Plinio (*H.N.* VII, 13) recoge que la mujer menstruante no estaba en condiciones de intervenir en actos de culto.

⁴⁴ La prohibición de comparecer en público en tales circunstancias, constituye la clave de interpretación del pasaje bíblico en el que una mujer aquejada de flujo, la hemorroísa, se desliza inadvertidamente entre la multitud para conseguir la curación de Jesús (*Mt.* 9, 18-26; *Mc.* 5, 21-43; *Lc.* 8, 43-48), cf. T. García Labrador, *op. cit.* 95-108.

minados instantáneamente, siendo a veces destruidos, y también se trataba de evitar su contacto con la tierra o el agua⁴⁷. Tampoco podían realizar las actividades que normalmente les estaban destinadas, como el manejo de los alimentos en donde existía un claro peligro de envenenamiento, especialmente para el esposo⁴⁸ y se prohibía tajantemente el contacto del hombre con la mujer por no hablar de las relaciones sexuales⁴⁹.

PURIFICACIÓN DE LA MUJER TRAS LA REGLA

Tras estos periodos de reclusión y una vez remitida la sangre, era necesaria una purificación como único medio de volver a su vida normal, que en el mundo bíblico, tras las reglas, era de siete días en los cuales no podía entrar en las ciudades. Ésta prescripción no sólo afectaba a las mujeres, sino también a los varones contagiados por la impureza de aquellas, ya fuera directa o indirectamente. Tras el parto la mujer también debía permanecer recluida un periodo variable, dependiendo la cultura. Pasados esos días, por medio de ciertos ritos lustratorios, el niño era reconocido como viviente y ambos se integraban como miembros de la comunidad. Hasta entonces no sólo permanecían excluidos del grupo sino que en especial el padre o cualquier otro varón permanecían alejados lo máximo posible por miedo a entrar en contacto con el miasma. De hecho, no es hasta el momento de la purificación cuando el padre reconoce a su hijo, en caso de que así lo desee, atreviéndose a levantarlo en brazos. En el mundo griego este ritual se llevaba a cabo en la fiesta de las *amphidromias*⁵⁰, momento en el que la mujer volvía a su

⁴⁵ Plinio (*H. N.* VII, 13) atribuye un poder mágico a la sangre menstrual, por ello esta sangre era muy apreciada en las prácticas brujeriles, especialmente temidas por sus siniestras intenciones.

⁴⁶ De forma especial, quedaba contaminado el lecho o cualquier mueble sobre el que se sienta debido al contacto con su sexo.

⁴⁷ Hesíodo (*Erga*, 798) advierte del peligro de que un hombre se bañase en el agua empleada por una mujer ya que los elementos femeninos transferidos al agua podían dañar su virilidad.

⁴⁸ Haciendo gala de su poco aprecio por las mujeres, Tibullus (I, 15, 49) advertía de esta posibilidad: "Quizás el alimento se mezcle con la sangre de las harpías (mujeres)". Todavía hoy en día permanece la creencia de que una mujer menstruante corta la mayonesa o echa a perder la matanza.

⁴⁹ El Levítico recoge varios castigos; el primero, menos severo, determina las mismas reglas de purificación para el hombre contagiado por la mujer durante los siete días, pero después también habla de la pena de muerte para ambos amantes (*Lev.* XV, 24 y *Lev.* XX, 18). J. P. Roux, (*op. cit.* 74) argumenta: "Toda unión sexual por la mera presencia posible de la sangre es un acto impuro, en las religiones reveladas, un pecado... Lo que se condena es a la mujer, sólo a la mujer, y no la obediencia al instinto".

⁵⁰ Cf. *Pl. Plt.* V, 461 a; *Arist. Pol.* VII, 1335 b 12-15. Según Eurípides tenía lugar a los diez días (*Electra*, 654). Junto al bebé y la parturienta todos los que han participado en el parto se someten a libaciones. En dicho ritual de origen jónico el padre del recién nacido le paseaba desnudo alrededor de las llamas del hogar con un fin catártico y profiláctico para acabar con las impurezas del nacimiento y de las prematuras *kēres* que acechaban la vida y la salud.

consideración habitual. En el mundo romano se establecía un periodo de ocho días, si el bebé era niña y nueve si era varón, día en el que también se les imponía el nombre⁵¹. Este rito pretendía borrar toda mácula que portara el pequeño así como su madre, en orden al peligro que suponía para la sociedad y para ellos mismos⁵². En el mundo bíblico, por el contrario, la madre permanecía impura durante más tiempo, alrededor de cuarenta días o al menos varias semanas⁵³. Se ha barajado como explicación que durante este tiempo de recuperación durasen las pérdidas de sangre⁵⁴. Entre los egipcios se guardaban catorce días, e igualmente la madre era recluida en un pabellón alejado de la vida familiar⁵⁵.

EJEMPLOS DEL USO DE LA SANGRE EN EL MUNDO GRECOLATINO

A pesar de todo lo dicho sobre la sangre menstrual y de que la ley y la costumbre exigían su ocultación, encontramos numerosos y pintorescos testimonios sobre sus usos, dada la creencia de que la sangre albergaba una fuerza mágica inagotable⁵⁶. Dichos ejemplos redundarán nuevamente en el terror que suscitaba su naturaleza y nos mostrarán cuáles eran esos miedos que la sangre provocaba, en especial la menstrual o simplemente femenina, si bien haciendo gala de su ambigüedad, también encontraremos algunas aplicaciones muy útiles para la comunidad.

Los poderes sobrenaturales de la sangre abarcaban todos los campos pero principalmente los trascendentales para la existencia, la seguridad del grupo, sus fuentes de alimentación, y por supuesto, la procreación. Los supuestos efectos de la

⁵¹ Plutarco habla de la precocidad del sexo femenino, pero también recurre a una explicación pitagórica de los números en la que el par sería femenino y el impar masculino. En este sentido de Casquero (*op. cit.* (1992) 460 ss.) dice "...el par, como el sexo femenino, deja en medio un espacio vacío, en tanto que el impar siempre presenta el centro lleno...", lo que parece sin duda acertado al centrar las hipótesis en torno a la simbología de los números. Curiosamente, en las ceremonias funebres, el día 9 después de la muerte era especialmente señalado, produciéndose en él el rito de purificación que cerraba el duelo.

⁵² Existía una especial preocupación sobre los demonios que rondaban a los pequeños por lo que éstos portaban numerosos amuletos como la *bula* o la franja púrpura cosida a sus vestidos con el mismo fin.

⁵³ La ley mosaica determinaba para las mujeres un ritual purificador cuarenta días después de haber dado a luz (*Lev.* 12). El cristianismo conservó esta prescripción en la fiesta de "la Purificación de la Virgen" celebrada el 2 de febrero, cuarenta días después de Navidad (fecha de parto), a pesar de declararse la virginidad y con ello pureza de la virgen, que habría evitado el conocimiento pecaminoso que todo recién nacido contraía debido a la impureza del parto.

⁵⁴ Cens. *Die nat.* 11, 7. Cf. R. Parker, "Birth and death" en *Miasma, pollution and purification in early Greek*. Oxford 1983, 32-73.

⁵⁵ Cf. Ch. Desroches Noblecourt, *La mujer en tiempos de los faraones*, Madrid 1999.

⁵⁶ No sin cierta ironía Frazer (*op. cit.* 678) declaraba: "la lista de los peligros que pueden provenir de la menstruación es más larga que la de los propios bárbaros".

sangre, se basan en los principios de la magia simpática y homeopática, siendo generalizado su empleo con fines poco ortodoxos. Se utilizaban sobre todo sangres de procedencia especial lo cual incrementaba su poder, como la de ajusticiados (la de los gladiadores era muy valorada), la de los abortos, la de los niños y por supuesto la menstrual o simplemente procedente del sexo de la mujer⁵⁷.

Como la sangre era la portadora de la vida si se aplicaba el principio de contrariedad, su uso producía el efecto contrario. En este sentido, encontraremos numerosos ejemplos que dan fe de la mortandad que podía provocar, incluido el aborto. Por este peligro las mujeres embarazadas así como las yeguas preñadas debían apartarse de la sangre menstrual y evitar ver a una mujer en esta situación, aunque estuviera lejos, en especial si tenía su primera regla. Resultaba igualmente antitética para la fertilidad, al creerse que causaba esterilidad, estando prohibido que dichas mujeres se acercasen o tocasen las semillas y sembrados⁵⁸, sobre todo al amanecer⁵⁹ ya que estropeaban las cosechas. También hacía caer prematuramente los frutos y multiplicaba los parásitos, si bien, por otra parte, podía llegar a matar a las abejas o al menos alejarlas de las colmenas⁶⁰.

Otros casos muestran como se acentúa el poder de la sangre si su acción se producía en conjunción con elementos simpáticos, lo que explicaría la prohibición de mantener relaciones sexuales con una mujer menstruante en periodo de luna nueva, so pena de muerte para el desventurado⁶¹. Por otro lado y atendiendo a su carácter impuro, la sangre menstrual corrompía aquellos objetos con los que entraba en contacto. El vino se convertía en vinagre, el grano se atizonaba, los espejos se nublaban⁶², las navajas se embotaban, el hierro y el latón se oxidaban⁶³, y así sucesivamente. Dicha reacción con el metal se asocia a la creencia de que la mujer representaba un serio peligro para la caza o la guerra. En primer lugar, no debía tocar las armas de los hombres, para no de volverlas ineficaces por la

⁵⁷ Plinio es el que mayor número de testimonios de este tipo ha dejado, afirmando del flujo menstrual que "sus poderes no tenían límite" (*H. N.* XXVIII, 22-23). Sin embargo, no sabemos si ciertamente creía en tales prodigios, ya que a veces se muestra irónico, pero otras, parece mantener cierta superstición al respecto.

⁵⁸ El efecto se creía peor si se trataba de un campo de plantas medicinales, como los lirios o la ruda.

⁵⁹ El amanecer o el anochecer son momentos mágicos por excelencia por su indefinición, ya que no es ni de noche ni de día, por lo que potencian el efecto mágico de la sangre.

⁶⁰ La apicultura era una fuente básica de alimentación y aportación de azúcares, por lo que la abeja siempre gozó de una condición favorable dentro de la mentalidad antigua.

⁶¹ Plin. *H. N.* XXVIII, 77-79. En luna nueva o durante un eclipse el resultado podía ser fatal ya que dicho astro pertenecía al ámbito de la mujer. Arist. *H. A.* VII, 582 a 2- 582 b: "el flujo de la regla se produce a finales de mes. Por esta razón determinados sabios de tres al cuarto afirman también que la Luna es del sexo femenino, porque la regla en las mujeres y la mengua en la Luna ocurren simultáneamente y, en ambas, después de la regla y la mengua, tiene lugar el proceso de saturación".

⁶² Aris. *Parv. Nat.* 459b 20 ss. y 460a 1-5.

herrumbre. Pero a esta amenaza se añadía otra razón no menos importante y es que estando la mujer definida por la sangre, no debía frecuentar los bosques e incluso se consideraba de mal augurio que se encontrase con el marido cuando salía a cazar, ya que su sangre llamaba a la sangre del susodicho, es decir, podía infringirle la muerte. Por la misma razón, y para no contagiar con su inmundicia, tampoco debía aproximarse a los animales abatidos al menos antes de ser troceados⁶⁴. Otro tanto ocurriría en relación a la guerra. El campo de batalla estaba totalmente vedado para aquellas. De este modo, quedarían explicadas algunas supersticiones acerca de la mala suerte de ver a una mujer antes de emprender determinadas empresas. Incluso aunque la mujer no estuviera menstruando, el miedo era tal que dicha impureza pasaba a formar parte de su naturaleza general, ya que no estaba claro que a pesar de las purificaciones, ésta desapareciese totalmente, por lo que en muchos casos se considera que contaminaba siempre. Este es uno de los motivos por los que se teme que la mujer, sea cual sea su estado, comparezca en muchos lugares aún alejados del plano religioso⁶⁵. Según una ley romana, se prohibía a las mujeres que se paseasen por los caminos que lindaban las tierras de labor, llevando sus husos destapados, en especial, si los hacían girar, ya que se temía que de esta forma dañasen las cosechas⁶⁶.

Sin embargo, aun después de todo lo dicho y volviendo a la ambigüedad de la sangre, también se recogen numerosos usos beneficiosos para el hombre. Servía por ejemplo, para alejar tormentas y huracanes en tierra o mar, y aunque contradiga lo dicho anteriormente, Plinio aseguraba que si una mujer menstruante se paseaba mostrando su sexo entre los campos, insectos y orugas⁶⁷ caerían a su paso. Pero quizás el capítulo más prolijo en ejemplos benéficos, sea la medicina, aunque sus efectos se basaban más en presunciones mágicas que en las propiamente

⁶³ En el caso del cereal y de los metales la explicación hay que buscarla en la asociación entre el color rojo de la sangre y el del tizón y la herrumbre. El tizón o roya era una plaga temida, producida por un hongo que tiñe de color rojizo los cereales en los meses de canícula. Debido a la magia simpática, se creía que la sangre podía transferir su color y podredumbre. Este mal, así como la herrumbre de los metales, eran atribuidos, en Roma a la acción de Róbigo, al cual había que conjurar por medio del sacrificio especial de un perro rojo a la estrella Sirio. Según Frazer (*op. cit.* 678), en su tiempo todavía se creía que la sangre causaba efectos similares en algunas partes de Europa.

⁶⁴ Cf. H. Clark Kee, *Medicina, milagro y magia en tiempos del N. T.*, Córdoba 1992, 158.

⁶⁵ Tal es el caso del culto a Hércules Silvanus, en el que estaba vedada su participación. Macrob. *Satur.* I, 12, 28; Prop. IV, 9. Sin embargo, según Burris (*op. cit.*), los romanos superaron temprano su inquietud ante la presencia de las mujeres en los ritos religiosos.

⁶⁶ Cf. Plin. *H. N.* XXVIII, 28. El papel negativo del huso como instrumento propiamente femenino, parece que debe entenderse en base a una asociación mágica por la cual, igual que los hilos se entretejían en éste, así las cosechas se enredarían con las malas hierbas.

⁶⁷ Cf. Plin. *H. N.* XXVIII, 78. Según un fenómeno ocurrido en la Capadocia a raíz de una invasión de cantáridas, donde las mujeres recorrieron los campos con la ropa recogida más arriba de las nalgas.

“científicas”⁶⁸. La sangre menstrual estaba indicada para la gota, los tumores, la erisipela, los furúnculos, la supuración de los ojos⁶⁹, las fiebres tercianas y cuartanas e incluso curaba la hidrofobia, enfermedad causada por la mordedura de un perro rabioso, poniendo debajo del vaso del afectado un trozo de vestido manchado de sangre menstrual⁷⁰.

Tampoco faltan utilidades más triviales como el remedio para evitar que la esposa tuviera amantes, lo cual se conseguía atravesando una rana con una caña, desde el ano hasta la boca, para posteriormente untar la varita con la sangre menstrual de su mujer⁷¹.

CONCLUSIONES

A pesar de que la lista de creencias sobre la sangre femenina pudiera ser mucho más larga y terrible, creemos que baste con lo dicho en esta breve comunicación para entender la naturaleza del miedo que el hombre antiguo sentía hacia la sangre, y que su identificación con la mujer hizo que ésta se trasformara en un ser impuro asociado a los aspectos más oscuros de la vida y la muerte. De este modo, podemos afirmar que la presencia de la sangre fuera del cuerpo en la mujer, se convirtió en el principal motivo de su proscripción social, si bien dicha concepción fue complicándose con otras cuestiones de diversa índole a lo largo de los tiempos. Pero quizás la misoginia, en un principio, no fue más que el recelo a ese poder fertilizador y a esa sangre, y la ambigüedad que muestra la mujer no sea más que el reflejo de aquella que caracterizó a dicha sustancia.

⁶⁸ Se utiliza especialmente la de ciertos animales con características apropiadas al caso como su color rojo, así como la menstrual. La sangre de ciertas aves curaba los ojos; la de las cabras, ciervos y conejos detenía la disentería y los flujos, la de tortuga aliviaba la epilepsia, etc.

⁶⁹ Algunas de estas enfermedades se caracterizan por inflamaciones o por la coloración de la piel de color rojo, por lo que se espera que el de la sangre actúe antitéticamente y produzca el efecto contrario, es decir, la “desaparición del rojo” y con él de la enfermedad.

⁷⁰ Plinio (H. N. VII, 64, XXVII, 79; XXVIII, 84) recoge que los perros se volvían rabiosos si devoraban algo infectado por la sangre menstrual, por lo que la misma sangre podía contrarrestar el efecto, cf. L. Gil, *op. cit.* 192.

⁷¹ Plin. H. N. XXXII, 49. Cf. M. A. Marcos Casquero, “Supersticiones y creencias en ranas y sapos” en *Supersticiones, creencias y sortilegios en el mundo antiguo*, Madrid 2000, 173-226.